

CAPÍTULO PRIMERO

APOYO PÚBLICO A OPERACIONES MILITARES: FACTORES CLAVE

APOYO PÚBLICO A OPERACIONES MILITARES: FACTORES CLAVE

NARCISO MICHAVILA NÚÑEZ

A nuestra querida hija María

INTRODUCCIÓN

¿Cuántos muertos en operaciones militares son capaces de soportar las democracias? ¿Son las sociedades cada vez más adversas al riesgo? ¿Por qué algunas operaciones reciben un apoyo masivo y otras un rechazo masivo? ¿Tan determinante es el papel de la televisión como para hablar de un «efecto CNN»? ¿Hay diferencias entre unas sociedades y otras respecto a las operaciones militares? ¿Y entre unas misiones y otras? ¿Qué grupos sociales son más partidarios del empleo de la fuerza?

Proporcionar las claves que permitan dar respuestas a este tipo de preguntas sobre el apoyo, el rechazo, o la indiferencia de los ciudadanos a una operación militar es el propósito de este capítulo del Cuaderno de Estrategia.

Dentro del término «operación militar» se incluyen aquí no sólo las operaciones militares con empleo de la fuerza, ni sólo las operaciones exteriores, sino cualquier misión en la que las Fuerzas Armadas estén implicadas. En este amplio espectro de misiones se incluyen los conflictos armados dentro y fuera del país, la lucha contra el terrorismo o la delincuencia, la protección de fronteras, las misiones de mantenimiento de la paz y las humanitarias, la participación en catástrofes y un largo etcétera. Es decir, en el caso de misiones donde nuestras tropas han participado e incluirían desde las intervenciones en Bosnia, Kosovo, Irak, Afganistán o el Líbano, hasta la operación de la isla Perejil, la participación en la lucha

contra incendios, nevadas o desastres como el hundimiento del petrolero *Prestige*, las operaciones de protección contra posibles atentados...

El análisis, aunque presta especial atención a la sociedad española, no se circunscribe a ésta. El estudio comparado de la reacción de las opiniones públicas en diferentes sociedades permite descubrir patrones de comportamiento muy similares en todas ellas. Las diferencias en el tiempo y en el espacio, que por supuesto las hay, son más de matiz que de fondo: *Spain is not different!*

LA INVESTIGACIÓN SOBRE OPINIÓN PÚBLICA Y DEFENSA

El papel de la opinión pública sobre cuestiones de defensa nacional es objeto creciente de investigación en las sociedades occidentales. La revisión de estos estudios ofrece una imagen perfilada por unos rasgos muy definidos y resistentes al cambio, que se describen a continuación.

El primer rasgo es el predominio de investigaciones demoscópicas donde *prima la presentación descriptiva sobre el análisis* de las opiniones de los ciudadanos. Los datos demoscópicos publicados proceden en su mayoría de encuestas encargadas por los propios medios de comunicación o por los gobiernos. En el primer caso, el interés por las cuestiones militares sigue la dinámica propia de los medios: se focalizan en los aspectos más llamativos y generalmente dentro del encuadre de la política doméstica. En el segundo caso, si los resultados son dados a conocer al electorado, proceden de preguntas orientadas con el propósito de reforzar la decisión del gobierno de turno.

Así por ejemplo, durante la intervención de España en Irak en abril de 2003 el Centro de Investigaciones (CIS) interrogaba a los españoles con la siguiente formulación: «Como Ud. sabe, España ha enviado al conflicto de Irak una fuerza militar en misión humanitaria. ¿Está Ud. muy de acuerdo, bastante de acuerdo, poco de acuerdo o nada de acuerdo con este envío?». En esas mismas fechas la encuesta del Instituto Opina para la Cadena SER era: «¿Apoya la decisión del gobierno del PP de enviar soldados españoles a Irak bajo el mandato de la coalición encabezada por EEUU y sin el mandato de la ONU?». Evidentemente los resultados eran contrapuestos. Las encuestas sobre una misma realidad podían proporcionar titulares absolutamente dispares: *El 61% de los españoles aprueban el envío de tropas a Irak*, en el primer caso o: *El 74% de los españoles rechaza el envío de tropas a Irak*.

Dentro de estos estudios descriptivos –se trata del segundo rasgo– *la preponderancia de los estudios con metodología cuantitativa sobre la cualitativa es abrumadora*. Los decisores, los profesionales de la información y las audiencias están educados para interpretar resultados numéricos de encuestas, pero desdeñan las investigaciones cualitativas como pueden ser los grupos de discusión (*focus group*) o las entrevistas en profundidad. Los resultados de las encuestas son aceptados como científicos y veraces –con frecuencia incluso son calificados de objetivos, como si las respuestas de los entrevistados no fueran subjetivas– mientras que los grupos de discusión son despreciados y juzgados con criterios propios de las encuestas. Las herramientas cualitativas en este terreno quedan reservadas a investigaciones muy específicas a las que los medios y el público ni tienen acceso ni cuentan con capacidad de extraer lecciones. Y eso que se trata de las herramientas más útiles para conocer los procesos de percepción y evaluación de los ciudadanos. Así se demostró en la primera guerra del Golfo, cuando Hill and Kowlton, la consultora contratada por el Gobierno kuwaití para concienciar a la población estadounidense de la necesidad de expulsar a Irak de su territorio, además de encargar una encuesta diaria entre la población y otra entre los trabajadores del Capitolio, realizó al menos ocho grupos de discusión para descubrir los argumentos necesarios. En esas fechas en España, también el Gobierno de Felipe González, complementaba las encuestas semanales del CIS sobre el conflicto del Golfo con grupos de discusión encargados por su propio partido.

La primacía de la descripción sobre el análisis y de la investigación cuantitativa sobre la cualitativa provoca que los interesados en conocer la opinión pública sepan algo de lo que piensan los ciudadanos, pero sepan muy poco de por qué lo piensan. Este se debe, entre otras razones, a que la encuesta es una herramienta de investigación que apela a respuestas racionales de los entrevistados pero es muy limitada para descubrir las emociones que están en la base de toda decisión; especialmente en cuestiones relacionadas con la seguridad.

El tercer rasgo de los estudios sobre opinión pública y defensa es que *se realizan dentro del mundo académico y adolecen, casi sin excepción, de experiencia real en la práctica de los procesos de toma de información*. Existe un empleo desmesurado de investigaciones *post hoc* que emplean complejos modelos estadísticos, como si los datos procedentes de encuesta tuvieran la consistencia metodológica de investigaciones donde se puede controlar todo el proceso de obtención de infor-

mación. Muchas de esas investigaciones delatan la falta de experiencia práctica de sus autores, que se limitan a tratar con los actuales programas estadísticos los datos procedentes de encuestas, considerando a los informantes como objetos.

El peso abrumador del mundo académico anglosajón en las investigaciones sobre estas cuestiones sería el cuarto rasgo. El problema es que estos estudios *se limitan a sus propias sociedades*. Basta echar un vistazo a la bibliografía empleada por cualquier investigador estadounidense, para comprobar que para ellos hablar de *public opinion* es hablar sólo y exclusivamente de *American public opinion*. ¿Hasta qué punto los paradigmas de la sociedad estadounidense son extrapolables a otras sociedades? Afortunadamente, van apareciendo algunas publicaciones transnacionales que equilibran algo la balanza. Entre tales publicaciones destacan dos: *Public Opinion and the International Use of Force* y *Decision Making in a Glass House* (1).

La principal conclusión sobre el estado de la investigación sobre opinión pública y defensa se puede resumir en que cada vez hay más información disponible sobre lo que piensan los ciudadanos de forma agregada, pero apenas se sabe sobre la motivación de tales opiniones. Por otra parte, los pocos intentos de profundizar sobre la motivación se realizan desde la teoría académica, principalmente en las universidades y centro de investigación de Estados Unidos.

Desde mi experiencia profesional como militar, como investigador y ahora como responsable de un instituto privado de investigación, pretendo contribuir a colmar algo esta laguna con este trabajo que tiene un objetivo limitado, pero claro: seleccionar y exponer los principales factores que inciden en la motivación de la opinión pública respecto al apoyo a operaciones militares.

Como se verá, todos los factores que analizo se sitúan en el plano de las percepciones. Esto es así porque hablar de opinión pública es hablar de percepciones, de las percepciones agregadas que tienen –tenemos– el conjunto de los ciudadanos.

(1) A compilaciones de este tipo hay que añadir las aportaciones de los investigadores del Grupo de trabajo *Public Opinion, Mass Media and the Military* de ERGOMAS (European Research Group on Military and Society) www.ergomas.ch y del *Research Committee on Armed Forces and Conflict Resolution* de la Asociación Internacional de Sociología www.isa-sociology.org/rc01.htm.

Estos factores pueden agruparse en tres grandes categorías: los relativos a la percepción de riesgo, los referentes a la percepción de bondad y, por último, los relacionados con la percepción de éxito. Riesgo, bondad y éxito.

FACTORES CLAVE EN LA MOTIVACIÓN DEL APOYO A OPERACIONES MILITARES

Percepción de riesgo

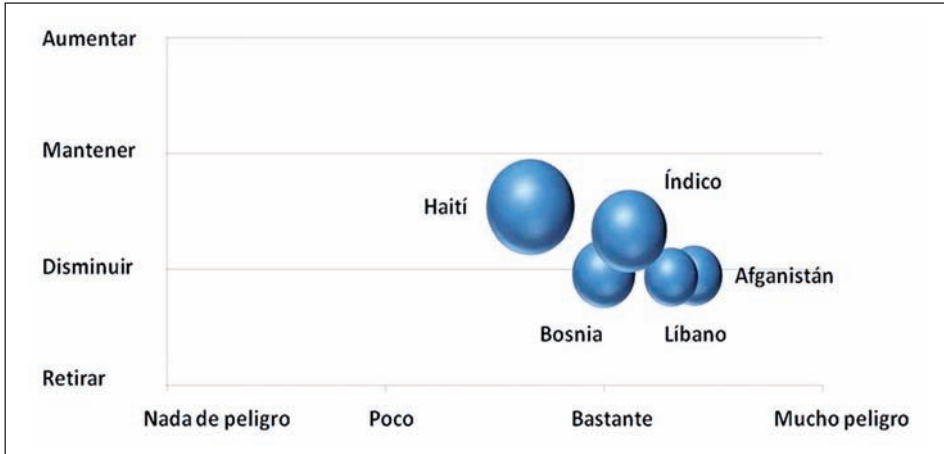
La inmensa mayoría de la sociedad española está de acuerdo con que nuestro país participe en misiones internacionales de paz; un acuerdo que se ha mantenido por encima del 80% a lo largo de la última década y media (2). Sin embargo, ese apoyo decrece significativamente cuando se les interroga a los españoles por la presencia de tropas en una misión o país concreto. ¿Por qué? Porque, entre otros motivos, el entrevistado incorpora en su opinión la percepción sobre el peligro de esa misión.

Se puede afirmar que el apoyo de los españoles al despliegue, el mantenimiento o la retirada de las tropas en cada misión militar, está estrechamente relacionado con la percepción de peligro de dicha misión. Así se desprende del análisis de los microdatos de los barómetros de Elcano (BRIE). En junio de 2010, las misiones en las que mayor proporción de españoles abogan por la retirada o disminución de tropas son las de Afganistán y Líbano, que son precisamente las misiones consideradas más peligrosas. *La asociación entre valoración de la misión, percepción de riesgo y mantenimiento de la misión es significativa*, como se aprecia en el gráfico 1, donde el tamaño de las esferas es proporcional a la buena valoración de la presencia de tropas y la situación espacial está en función de la percepción de riesgo y la opinión sobre la permanencia o retirada de las tropas.

El patrón de respuesta es muy parecido en los cinco casos analizados por el BRIE: Afganistán, Bosnia, Haití, Líbano y Océano Índico. Más de la mitad de los que consideran que esa misión es *muy* peligrosa desean el retorno de las tropas. Es precisamente el porcentaje de los que consideran cada misión como muy peligrosa la que determina la proporción de españoles que apuesta en su conjunto por la retirada. Pero

(2) Encuestas del CIS sobre Fuerzas Armadas y Defensa Nacional 1997 a 2009.

Gráfico 1: Valoración, opinión y percepción de peligro de las misiones españolas en el exterior



Fuente: análisis propio del BRIE, 24 junio de 2010.

hay otro elemento interesante: entre las operaciones percibidas como más seguras –en este caso, Haití y el Índico– los que consideran que el peligro es poco o ninguno, apuestan por la permanencia de las tropas de forma mayoritaria; algo que no se permiten la minoría que considera la misiones de Líbano o de Afganistán como poco peligrosas.

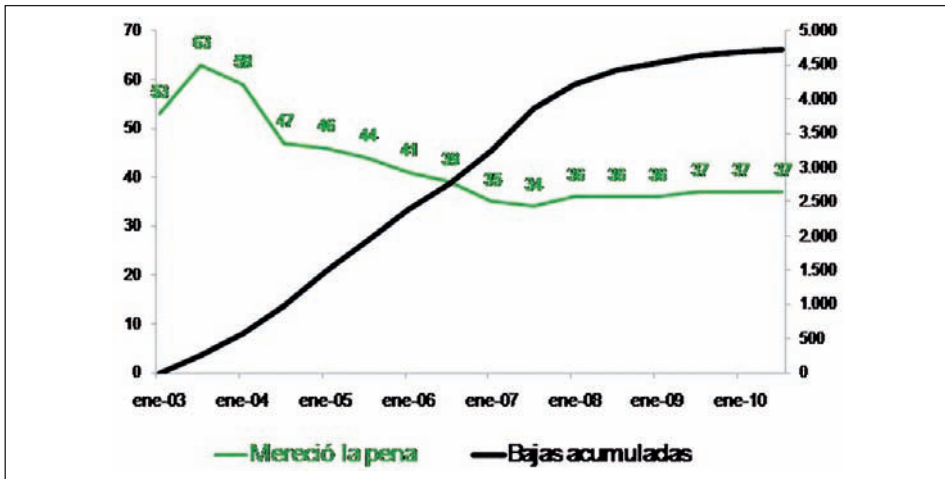
Cuando el riesgo se transforma en amenaza real –llegando a producirse muertos y heridos–, el número de bajas y la forma en la que se producen influye en el apoyo a la misión, con independencia del tipo de misión que se trate. El apoyo público a una misión militar decae en función del número de muertes en combate, en la literatura anglosajona este fenómeno se ha venido a denominar: *body-bag syndrome* o *casualty aversion*; es decir, el síndrome de los féretros o el rechazo a las bajas.

Dentro de estas tesis destaca la investigación de John Mueller sobre la evolución del apoyo de la sociedad estadounidense en las guerras de Vietnam y Corea. Según demuestra este investigador, el apoyo público está en función, principalmente, del número de bajas acumuladas a lo largo del conflicto. Pero la relación no es lineal sino logarítmica. Es decir, a medida que crece el número de bajas su incidencia en el rechazo a la intervención militar es menor o, dicho de otra forma, el impacto de cada baja en la opinión pública decrece conforme aumenta su número, según argumenta Mueller en *War, Presidents and Public Opinion*, publicado en 1973.

¿Por qué la influencia de las bajas en la opinión pública es decreciente a lo largo del conflicto? En parte por el cansancio y acostumbramiento que se produce ante cualquier tipo de noticia. Los conflictos bélicos no escapan al ciclo de vida de las noticias: con el paso del tiempo pierden interés para la audiencia y, por tanto, para los medios. «La muerte de un soldado soviético –decía Stalin– es un drama, la muerte de un millón es estadística». El proceso de «cansancio público» es mayor aún cuando la misión evoluciona positivamente y no genera noticias negativas: mantener la tensión mediática para «vender» la paz es mucho más difícil que para «vender» la guerra.

Mueller constata posteriormente, en la guerra de Irak, el mismo patrón de rechazo a la intervención en función del número de bajas estadounidenses, con la particularidad de que el rechazo crece a mayor velocidad (3). En el gráfico 2 se muestra la evolución del porcentaje de estadounidenses que consideran que ha merecido la pena ir a la guerra en Irak y el número de soldados de EEUU fallecidos en esa operación comprobándose visualmente la tesis de Mueller (4).

Gráfico 2: Evolución del apoyo público estadounidense a Irak vs. bajas de EEUU



Fuente: Elaboración propia con datos de Gallup y Opinion Research Corporation e Irak Coalition Casualty Count. Respuesta a la pregunta: «En términos generales, ¿cree que valió la pena ir a la guerra en Irak, o no?». Porcentaje de apoyo en el eje izquierdo y acumulado de bajas militares de EEUU en el eje derecho.

(3) «The Iraq Syndrome» en *Foreign Affairs* Nov-2005.

(4) Irak Coalition Casualty Count, www.icasualties.org

No obstante, aun siendo cierto que el número de bajas es un elemento esencial en el apoyo de las operaciones militares y que la tolerancia de las sociedades occidentales hacia las bajas es decreciente, el papel del fenómeno del *bodybag syndrome* para explicar el apoyo de las sociedades democráticas a una operación militar es mucho más limitado de lo que parece. No se trata del factor determinante.

La imagen de las opiniones públicas reaccionando ante un elevado número de bajas propias con un súbito rechazo a la intervención militar es más un producto de los medios de comunicación que una realidad social. Hay muchos ejemplos que lo demuestran. La sociedad holandesa apenas alteró en 1995 su posición sobre la participación de los cascos azules en Bosnia tras la matanza de Srebrenica (5). La opinión pública de EEUU no presionó a la Administración Clinton para el envío de tropas a Somalia en 1993, ni tampoco la presionó tras el fiasco de la misión en Mogadiscio (6), dramáticamente reflejado en la película dirigida por Ridley Scott, *Black Hawk derribado*. La opinión pública española sobre la presencia de tropas en Irak tampoco se vio alterada por las muertes de sus compatriotas allí desplegados. De hecho, los resultados de los barómetros de Elcano anterior y posterior a la muerte de siete agentes de inteligencia en noviembre de 2003 arrojan idénticos porcentaje en el número de españoles que deseaban el regreso de las tropas: un 40%.

Conviene tener en cuenta también las variables demográficas. Los varones, por ejemplo, son más partidarios del empleo de la fuerza y de asumir riesgos que las mujeres, en todas las sociedades. De igual modo los más mayores son más cautos. Incluso en conflictos como el de Vietnam y contrariamente a la imagen proyectada, los jóvenes eran más partidarios de la intervención que sus mayores. La regla se cumple en el caso español: el 57% de los entrevistados que apuestan por el repliegue de tropas son mujeres. El 72% de los jóvenes quieren que España mantenga o aumente su participación en Haití, pero la cifra baja 16 puntos entre los mayores de 65 años.

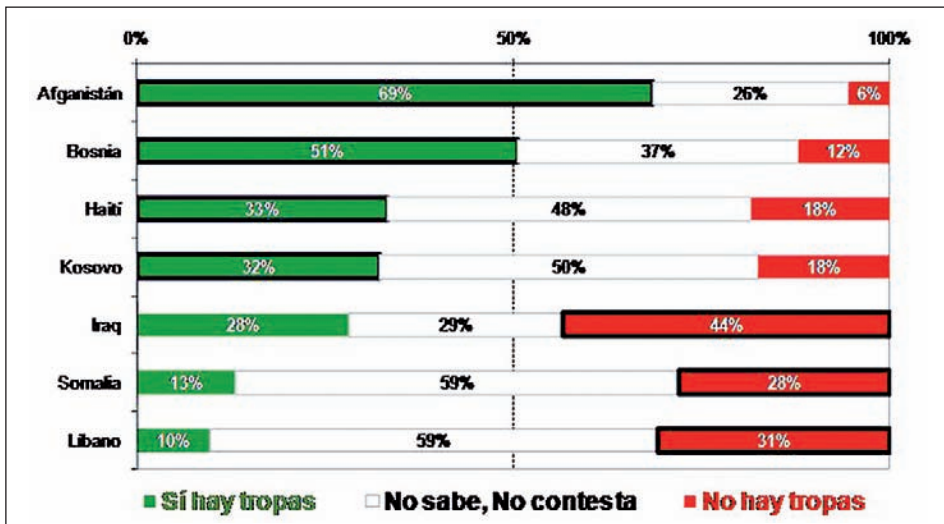
Como veremos, la mayoría de ciudadanos está dispuesta a aceptar el riesgo de cualquier misión militar siempre que la misión esté justificada.

(5) MOELKER, René (2004): «Democratic decision-making and Deployments: the case of the Netherlands' peacekeepers in Srebrenica and Iraq», *Working Paper* n° 140 del Geneva Center for the Democratic Control of Armed Forces (DCAF), Ginebra, 24 p.

(6) BURK, James (1999): «Public Support for Peacekeeping in Lebanon and Somalia: Assessing the Casualties Hypothesis» en *Political Science Quarterly* 114, pp. 53-78.

En todo caso, esperar que el conjunto de la población tenga un criterio formado sobre cada uno de los asuntos públicos a los que son interrogados por los estudios de opinión, es desconocer la condición humana. La última encuesta sobre Política Exterior y de Seguridad del INCIPE pretendía medir el grado de conocimiento de la sociedad española sobre la presencia de tropas en el exterior interrogándoles si en cada una de las siete zonas citadas había tropas desplegadas en ese momento. Los países o zonas citadas fueron por este orden: Afganistán, Bosnia, Haití, Irak, Kosovo, Líbano y Somalia. En las fechas del sondeo, marzo de 2006, España contaba con presencia en Afganistán, Bosnia, Kosovo y Haití. Por el contrario, las tropas de Irak habían sido replegadas y en Somalia y Líbano aún no habían sido enviadas.

Gráfico 3: Nivel de conocimiento de los españoles sobre la presencia de tropas desplegadas



Fuente: Informe INCIPE 2006: Opinión pública española y la política exterior y de seguridad, Encuesta de 1.200 entrevistas presenciales a mayores de 18 años realizadas en marzo de 2006.

Los resultados fueron muy explicativos: la respuesta modal, es decir la elegida por más entrevistados, siempre fue la correcta. Ahora bien, sólo el 69% de los entrevistados podía asegurar que España sí contaba con tropas en Afganistán y un 44% que no tenía tropas en Irak; es más, un 28% de los entrevistados pensaba que sí había tropas en Irak. Y eso

a pesar de que la completa retirada de las tropas, tras la victoria electoral de José Luis Rodríguez Zapatero dos años antes, fue uno de los acontecimientos de mayor impacto político y mediático de esos meses. Por otro lado, se aprecia también la importancia de Bosnia en el imaginario colectivo español. Al tratarse de la primera gran misión de paz con permanencia en el tiempo, la mayoría de los españoles, el 51%, sabían que todavía había soldados allí. Por el contrario, había menor conocimiento de la misión en otra zona de la antigua Yugoslavia como es Kosovo, con un mayor contingente en esos momentos.

El papel del Modelo de reclutamiento en la percepción del riesgo

Eliot Cohen en su estudio sobre la relación entre modelos de ejércitos y tipo de guerras, *Citizens and Soldiers. The Dilemmas of Military Service*, argumenta que la oposición a la guerra de Vietnam se debió principalmente al empleo del reclutamiento forzoso (1985: 109) (7). Conviene recordar que desde 1965 hasta 1973 fueron desplegados en Vietnam dos millones y medio de soldados, uno de cada diez jóvenes norteamericanos.

Efectivamente, la oposición de la población en cualquier conflicto ha sido especialmente virulenta cuando los gobiernos han enviado conscriptos al combate. Así lo muestran los casos de Francia en Argelia (1954-1961), Portugal en el sur de África (1964-1974), Argentina en las Malvinas (1982), España en Cuba (1898) y en Marruecos (1909). El envío de conscriptos es una de las limitaciones conocidas por los gobernantes. El presidente francés, Francois Mitterrand, decidió personalmente que entre las tropas francesas desplegadas en el frente o en los barcos en la guerra del Golfo, no habría ningún soldado de reemplazo: «¿cómo

(7) Al margen del campo de la opinión pública, es interesante la conclusión a la que llega en su análisis sobre las causas del fracaso de EEUU en Corea y Vietnam en contraste con su éxito en Filipinas: poner el énfasis en desplegar el mayor contingente posible en lugar de entrenar al ejército local. Fiel a esa visión, veinte años más tarde, en una entrevista del *Washington Post* a raíz del envío de su hijo a Iraq como oficial de infantería, mantiene: «The failures and squandered opportunities of that first year in Iraq do not look that different from some of the institutional stupidities we saw in Vietnam. What is different here is how quickly –relatively speaking– the United States changed its course. It took five years before we became serious about training our Vietnamese allies to take our place. It has taken about a year to get serious about training Iraqis» «A Hawk Questions Himself as His Son Goes to War», *Washington Post*, 10 de julio de 2005.

le explicó a los granjeros franceses que expongo la vida de su hijos para restaurar a un millonario?» se preguntó tras la visita del secretario de Estado estadounidense, James Baker, en noviembre de 1991. En España el Gobierno de Felipe González sabía que era un límite infranqueable en la primera guerra del Golfo: los partidarios del envío de soldados de reemplazo nunca superaron el 10% en las encuestas del CIS. Posteriormente, en la guerra de Bosnia, a principios de la década de los 90, el apoyo caía por debajo del 5%.

La amenaza en la percepción del riesgo

El empleo de la fuerza armada se justifica en función de la percepción de amenaza a la seguridad: la defensa del propio territorio ante amenazas externas recibe el apoyo mayoritario. Sin embargo, la opinión pública es más exigente cuando se trata de intervenciones en el exterior, especialmente cuando no hay cercanía geográfica o cultural.

Conscientes de la importancia de la percepción de amenaza, la apelación al riesgo en la vida de los propios ciudadanos es empleado tanto por los partidarios como por los detractores de una acción militar. Tres años antes de la explosión del *Maine*, el *New York Sun* exigía la intervención de Estados Unidos en Cuba porque las vidas y propiedades de ciudadanos estadounidenses estaban en peligro:

«Es evidente que el gobierno español, cuya arrogancia y brutalidad ha provocado la rebelión cubana de sus súbditos, exige un duro castigo por parte de Estados Unidos... La bandera de Estados Unidos ha sido insultada y las vidas y propiedades de ciudadanos estadounidenses han sido puestas en peligro. El próximo barco que llegue debe ser perseguido y hundido. Hay que permitir al Departamento de Estado poner a España de rodillas o castigarla mediante la destrucción de su marina y la pérdida de Cuba» (8).

De la misma forma, el principal argumento de los gobiernos partidarios a la intervención aliada en Irak en 2003 era la amenaza que suponían las armas de destrucción masiva en manos del régimen de Sadam.

La sociedad suiza es reacia al alineamiento de su país con las potencias occidentales porque su histórica neutralidad ha sido clave para

(8) Editorial del *New York Sun*, del 14 de marzo de 1895 citado por WILKERSON, Marcus (1932): *Public Opinion and the Spanish-American War: A Study in War Propaganda*.

evitar cualquier invasión. Pero la sociedad belga dejó de ser neutralista tras la invasión de la Alemania nazi en 1939, desde entonces es una de los países más fieles a la Alianza Atlántica.

Armamento nuclear en la percepción del riesgo

El rechazo al empleo del armamento nuclear es otro aspecto que puede ser contemplado desde esa perspectiva de riesgo. La población portuguesa rechaza mayoritariamente el estacionamiento de armas nucleares en su territorio (9). El rechazo al armamento nuclear en España quedó patente en el referéndum de la OTAN de 1986. Uno de las tres condiciones para continuar en la Alianza Atlántica, según la pregunta sometida a votación, era mantener «la prohibición de instalar, almacenar o introducir armas nucleares en territorio español». Dicha condición surgió con fuerza en las encuestas realizadas por el CIS con el objetivo de ir testando los términos exactos de la pregunta para lograr su aprobación por la ciudadanía (10).

Desde entonces, la oposición de la sociedad española a que su país cuente con armamento nuclear ha sido mayoritaria. A lo largo de las encuestas de los informes INCIPE apenas el 10% de los entrevistados es partidario de que España cuente con armamento nuclear. Su posesión es percibida más como una amenaza que como una opción. La sociedad española tiene la imagen de la letalidad del empleo de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Nuevamente es la percepción lo que cuenta: en los bombardeos aliados de las ciudades de Dresde o de Tokio murieron más personas que en las dos ciudades japonesas, pero la condena sólo se reproduce en el caso de estas dos últimas.

Percepción de bondad

La posición del público respecto a una operación militar está también en función de diversos factores que hacen referencia tanto a la finalidad como a la motivación de la misión. Son factores que permiten al ciudadano evaluar la «bondad» de la acción. Entre esos factores destacan: el papel desempeñado por las tropas, si hay consenso político e interna-

(9) CARRILHO, María (1998): *Portugal no contexto internacional. Opinião pública, defesa e segurança*, p 63.

(10) VAL, Consuelo del (1996): *Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*, Madrid, CIS.

cional, si existe aceptación de la población local, cuál es el posicionamiento de los líderes de opinión, etc.

Tipo de misión

El tipo de misión que desempeñan las tropas es un factor clave en el apoyo público a esa operación. La defensa del territorio siempre recibe mayor apoyo, especialmente en las sociedades que han sido invadidas. De igual modo, las misiones humanitarias cuentan con mayor apoyo público que las de intervención bélica (11).

Tabla 1: Evolución de la justificación de una acción militar

	2009	2007	2005	2002	2000	1999	1997
En caso de invasión del territorio nacional	68,7	68,3	73,1	68,8	59,0	66,2	70,8
Para hacer llegar ayuda humanitaria a zonas en conflicto	50,0	45,7	52,6	46,4	44,1	57,5	56,5
Para imponer la paz en zonas en conflicto	40,5	30,7	40,1	39,0	37,8		
Para defender los intereses económicos españoles	24,6	15,8	23,2	21,0	15,7	19,6	26,6
En caso de invasión del territorio de un país europeo	18,7	11,8	16,2	15,8	9,6	12,4	15,5
Para defender los intereses económicos europeos	9,6	4,6	9,0	7,5	4,4	5,1	7,5
En ningún caso	12,1	9,9	11,4	13,0	15,7	12,6	10,8

Fuente: Estudios del CIS sobre Fuerzas Armadas y Defensa Nacional. Pregunta: *¿Cuál o cuáles de los siguientes casos justificaría, en su opinión, que el Gobierno de la nación ordenase una acción militar?*

Podría pensarse que el mayor apoyo a las misiones humanitarias en el conjunto de las sociedades es debido a que conllevan menor riesgo que las intervenciones armadas, lo que no siempre es cierto. Desde las primeras misiones de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas han

(11) COHEN, Samy (Dir.) (1996): *L'Opinion, L'Humanitaire et la Guerre. Une perspective comparative*, París, Fondation pour les études de défense.

fallecido casi 5.000 soldados internacionales; ocho países soportan un tercio de las muertes según se aprecia en la tabla.

Tabla 2: Fallecidos en misiones de paz de la ONU por países entre 1948 y 2010

Puesto	País	Bajas	Puesto	País	Bajas
1°	India	139	21°	Jordania	43
2°	Gana	127	22°	Noruega	42
3°	Canadá	121	23°	Austria	42
4°	Pakistán	115	24°	Federación Rusa	40
5°	Nigeria	110	25°	Senegal	39
6°	Francia	107	26°	Brasil	39
7°	Reino Unido	102	27°	Congo	35
8°	Bangladesh	100	28°	Indonesia	31
9°	Irlanda	90	29°	España	31
10°	Zambia	72	30°	Sierra Leona	30
11°	Estados Unidos	68	31°	Sudáfrica	29
12°	Suecia	66	32°	Haití	28
13°	Nepal	66	33°	Bélgica	28
14°	Etiopía	64	34°	Uruguay	27
15°	Dinamarca	50	35°	Malasia	26
16°	Polonia	48	36°	Marruecos	26
17°	Kenia	48	37°	Argentina	26
18°	Italia	47	38°	Ucrania	25
19°	Fiji	46	39°	Holanda	23
20°	Finlandia	45	40°	Ruanda	21

Fuente: *Departamento de Misiones de Mantenimiento de la Paz de la ONU. Datos hasta 1 de agosto de 2010.*

El número de soldados españoles que han fallecido en misiones de paz bajo mandato de la ONU alcanza hasta treinta y uno. En los inicios de la participación de España en este tipo de misiones, Salustiano Del Campo ya señalaba que:

«Las posturas son más favorables hacia intervenciones exteriores de carácter humanitario que hacia las acciones militares directas

(...) el apoyo a la presencia de tropas españolas en el exterior estará, sobre todo, en función del objetivo que se persiga en cada caso». (Informe de Opinión Pública española y la política exterior 1991 del Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE).

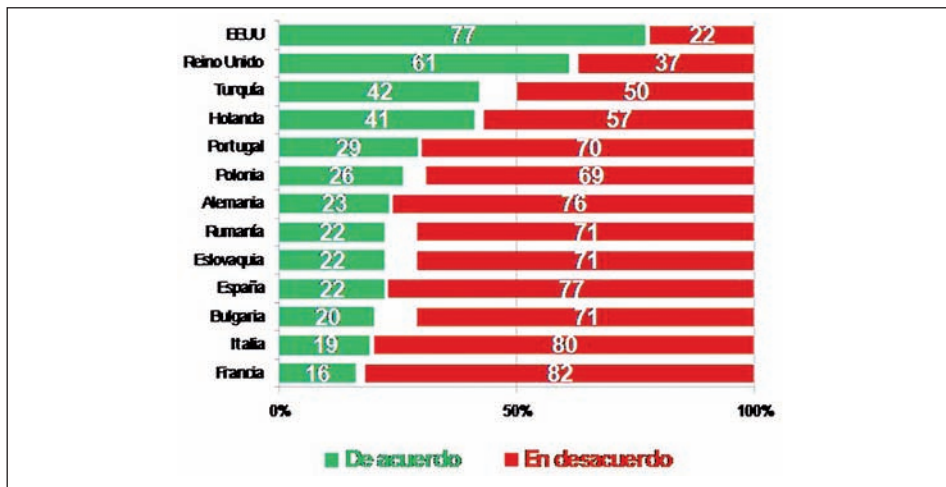
Doce años después en el informe de INCIPE de 2003 se vuelve a indicar:

«Lo que se juzga no es tanto la presencia exterior de tropas españolas sino las misiones que hasta ahora han tenido la oportunidad de realizar. Los españoles son partidarios de que las tropas españolas colaboren en misiones de ayuda humanitaria, de estabilización, de disuasión o de mediación y de gestión de conflictos».

Las operaciones que implican el empleo de la fuerza reciben menor apoyo que las humanitarias, salvo que se traten de operaciones de defensa del propio territorio. Pero en esto hay grandes diferencias por países: las sociedades anglosajonas justifican con mayor facilidad las intervenciones armadas, como puede verse en el estudio transnacional de *Transatlactic Trends* del año 2010.

En el caso español, los sucesivos barómetros del Real Instituto Elcano permiten comprobar cómo la sociedad española modula su apoyo

Gráfico 4: Bajo ciertas condiciones, la guerra es necesaria para garantizar la justicia



Fuente: *Transatlactic Trends* 2010.

al despliegue de tropas en el exterior en función del tipo de misión que desempeñen. Así por ejemplo, el apoyo al despliegue de fuerzas españolas en Afganistán recibe un apoyo generalmente mayoritario si es «para contribuir a los esfuerzos internacionales de reconstrucción» del país. Por el contrario, cuando es «para dirigir operaciones de combate contra los talibanes» el apoyo cae significativamente. Juan Diez Nicolás, uno de los mayores expertos españoles en estas cuestiones, sostiene en *Identidad Nacional y Cultura de Defensa* que:

«De manera general, los españoles han estado siempre muy en contra de que nuestras tropas entren en combate. Es decir, la opinión pública puede estar de acuerdo en que las tropas españolas vayan a diversos escenarios de conflicto, siempre que vayan en misiones humanitarias, pero no para entrar en conflictos bélicos.»

En el análisis de las misiones he puesto el foco en las diferencias. Ahora bien, las misiones planteadas tienen mucho en común en el imaginario de los entrevistados. Las opiniones entre las diferentes misiones están tan relacionadas que se puede afirmar que el ciudadano no distingue entre una misión y otra: el estereotipo para él es el de «misión humanitaria en zona peligrosa». Mediante la técnica estadística del análisis factorial del conjunto de respuestas a esas cinco preguntas podemos construir un único factor que mide el apoyo genérico a las cinco operaciones perdiendo apenas un 24% de la información global (12). Es decir los españoles no valoran tanto la zona de despliegue como el hecho de estar desplegados en una misión de riesgo.

El acuerdo de la comunidad internacional

El acuerdo de la comunidad internacional es importante como fuente de legitimidad. Cuando el ciudadano percibe que una mayoría de países adopta una posición común en relación una acción militar interpreta que esa acción es buena en sí misma. Entre las sociedades europeas, uno de los elementos clave entre el inicial apoyo a la intervención en Afganistán

(12) Análisis factorial de componentes principales sin rotación de las 600 entrevistas y 5 variables sobre la valoración de la misión con cinco categorías equidistantes: muy positiva, positiva, indiferente, negativa, muy negativa. Tasa de respuesta muda entre el 4 y el 6%, exclusión de casos por parejas. La varianza del primer factor es de 76,0%. Forzando un segundo factor (autovalor inferior a 1) la varianza se incrementa hasta el 89,1%. El segundo factor discrimina las opiniones del Índico y Haití del resto.

en 2001 y el rechazo a la intervención en Irak en 2003 es el consenso en el primer caso frente al disenso internacional en el segundo.

En este sentido, para la sociedad española, la aprobación de la ONU –o en su defecto de la OTAN, como en el caso de Kosovo en 1999– es una garantía de legitimidad para la mayoría de la población. Y es que la ONU goza de muy buena imagen entre la población española ya desde la década de los cincuenta. Por su parte, la imagen de la Alianza Atlántica ha ido evolucionando hasta ser mayoritariamente positiva, según se ve en las encuesta del CIS mostradas en la tabla:

Tabla 3: Evolución sobre la pertenencia de España a la OTAN

	2009	2007	2005	1999	1997
Positiva	52	46	50	46	39
Negativa	13	16	14	14	20

Fuente: Estudios del CIS sobre Fuerzas Armadas y Defensa Nacional. Pregunta: *Tal y como se están desarrollando los acontecimientos internacionales en los últimos años, ¿cree Ud. que, para los intereses de nuestro país, la pertenencia a la OTAN ha sido...?*

Consenso político

En las cuestiones donde la experiencia del ciudadano no es directa sino vicaria, sus opiniones están conformadas principalmente por la opinión de los líderes en los que confía. Las cuestiones de política exterior entran de lleno dentro de este terreno. La posición de los dirigentes políticos, sindicales, empresariales o religiosos; de referentes culturales o periodísticos; de asociaciones y ONG; de expertos... resulta determinante para la opinión pública. Eric Larson, en su exhaustivo estudio sobre la influencia de las bajas y el consenso político en la opinión pública llega a la conclusión de que:

«La probabilidad de que un ciudadano apoye una misión crece cuando los líderes en los que confía manifiestan su opinión, de que los objetivos de la misión sean proporcionales al riesgo y de los costes de la misión» (13).

(13) *Casualties and Consensus: The Historical Role of Casualties in Domestic Support for U.S. Military Operations*

El consenso entre los líderes políticos se traduce generalmente en consenso social. Por el contrario, en una situación de ausencia de consenso político difícilmente existirá un apoyo mayoritario a una operación militar, más aún si se trata de una operación de empleo de la fuerza. El diferente apoyo a la presencia de tropas en Afganistán en los trece países donde se ha realizado el sondeo del *Transatlantic Trends* permite comprobar la relación entre consenso político y consenso social. En Holanda sólo el 28% de los entrevistados en 2009 era partidario de la retirada de sus dos mil soldados desplegados en suelo afgano; es más, un 47% apostaba por la permanencia o, incluso, el incremento de tropas. Se trataba del segundo país, tras EEUU, con mayor apoyo a la presencia de tropas. En octubre de ese año el congreso holandés votó mayoritariamente en contra de renovar la misión en el país asiático. Esa decisión política tuvo su traslación inmediata en la opinión pública holandesa: en la encuesta de primavera de 2010 los holandeses partidarios de la retirada de sus tropas crece 18 puntos, hasta el 46%, y el apoyo a la permanencia de las tropas se reduce al 35%. La sociedad holandesa pasa de ser una de las más reacias a su participación en Afganistán, sólo superada por Alemania, Polonia y Bulgaria.

Al otro lado del Atlántico el porcentaje de estadounidenses entrevistados por *Transatlantic Trends* que abogan por la retirada de sus tropas de Afganistán permanece en un estable 19%. La estrategia militar en aquel país entra dentro de lo que en EEUU denominan política bipartita (*bipartisan*) es decir con consenso entre los líderes demócratas y republicanos. Por el contrario, en el conflicto de Irak el consenso político inicial se fue transformando en disenso político. De forma paralela, el consenso social favorable a la intervención evolucionó hacia el disenso que alcanzó su punto culminante en las elecciones de 2004 donde Bush fue reelegido. Tras esa fecha el consenso se produjo en torno a la conveniencia de abandonar el país.

El proceso de polarización de la opinión pública estadounidense en el conflicto de Irak sigue el esquema descrito por John R. Zaller en *Naturaleza y origen de la opinión pública: la pérdida de apoyo a una decisión del Gobierno se va produciendo por incrementarse el rechazo de los ciudadanos que votan a la oposición, mientras que el apoyo de los votantes propios del Gobierno resiste mucho mejor el desgaste*. En esta obra de referencia, Zaller acude con frecuencia al estudio de la evolución de la opinión pública en conflictos armados para describir el proceso. El proceso de polarización se produce incluso en conflictos

como la Segunda Guerra Mundial, a pesar del estereotipo contrario. Gracias a un exhaustivo análisis de las encuestas realizadas en EEUU durante este conflicto, Adam J. Berinsky descubre cómo la toma de posición sobre el conflicto de los líderes políticos influye en su propio electorado.

A su vez, los líderes políticos procuran adoptar su posición sin entrar en contradicción con las convicciones de sus propios electores, lo que no siempre les resulta posible. Con frecuencia, el propio líder político asume el riesgo de adoptar decisiones contrarias al clima de opinión en ese momento contando con que la decisión será apoyada en el futuro. En ocasiones la apuesta les sale bien, como son los casos de los presidentes Felipe González en la guerra del Golfo en 1991 o de José María Aznar en la intervención de Kosovo en 1999. En otras ocasiones sucede lo contrario y la decisión, lejos de recibir el apoyo final de la población, termina siendo rechazada con contundencia: el ejemplo paradigmático en España es la participación en la guerra de Irak (14).

Un ejemplo de apuesta política arriesgada es la del senador por Illinois, Barack Obama, el 2 de octubre de 2002. Ese día pronuncia un breve discurso oponiéndose a la intervención en Irak, en contra del criterio mayoritario de los políticos y ciudadanos estadounidenses:

«Sé que incluso una victoriosa guerra contra Irak requerirá una ocupación de EEUU de una duración indeterminada, a un costo indeterminado y con consecuencias indeterminadas. Sé que una invasión de Irak sin una clara justificación y sin un fuerte apoyo internacional sólo avivará las llamas de Oriente Próximo, y alentará los peores –en lugar de los mejores– impulsos del mundo árabe, y fortalecerá el reclutamiento de Al Qaeda.»

No se trata de una oposición del actual presidente de EEUU, y premio Nobel de la paz, a la guerra sino a esa guerra en concreto. Hasta en cinco ocasiones repite: «Yo no me opongo a todas las guerras, a lo que me opongo es a las guerras estúpidas». De todos los candidatos demócratas y republicanos a las primarias de sus partidos, es el único que, anticipándose a la opinión pública de su país, se opone a esa intervención militar. Seis años después es elegido presidente del país.

(14) Sobre la incidencia de la guerra de Irak y los atentados terroristas en las elecciones de 2004 ver mi Documento de trabajo del Real Instituto Elcano 13/2005: «Guerra y terrorismo y elecciones: incidencia electoral de los atentados islamistas en Madrid». Disponible en: www.realinstitutoelcano.org/documentos/180/Michavilapdf.pdf.

Todos los factores mencionados inciden en la importancia del rol desde el que cada ciudadano va a evaluar la operación militar. Si hay consenso dentro del propio país, fundamentalmente consenso entre los líderes políticos de las fuerzas mayoritarias, el ciudadano responderá desde el rol de ciudadano de su nación. Por lo tanto, apoyará la decisión de su Gobierno por ser el de su país, no por ser de su color político o de su etnia. El fenómeno social de cerrar filas con el gobernante –John Mueller acuñó el término *rally round the flag*, correr tras la bandera, que se ha hecho popular en la literatura anglosajona– es muy frecuente ante un ataque externo o en el comienzo de un conflicto militar. Si por el contrario no existe consenso político, el ciudadano se verá obligado a tomar parte por la posición del partido político o grupo étnico más afín. Hasta el punto de que la reacción social ante cuestiones de política exterior y seguridad sigue las mismas pautas que en cuestiones domésticas, como demuestran las investigaciones de Adam Berinsky (15):

«Gran parte de nuestra comprensión de la opinión pública en tiempo de guerra procede de la noción de que se trata de momentos únicos en la historia política. Tal visión es incorrecta. Por el contrario, la opinión pública sobre la guerra está configurada por las mismas actitudes y orientaciones que conforman la opinión sobre cuestiones domésticas.»

Percepción de éxito

Los factores anteriores, relativos a la percepción de riesgo y de bondad, son incapaces de explicar por sí solos el apoyo a una operación militar. En la evaluación de la acción, el público siempre tiene en consideración otro elemento clave: las posibilidades de éxito de la misión.

Ante la ocupación del islote Perejil por Marruecos en julio de 2002, la sociedad española apostaba por una solución diplomática y rechazaba cualquier intervención militar (16). Sin embargo, una vez producida la toma del islote por tropas españolas, tres de cada cuatro españoles valoraban bien o muy bien «la intervención militar por parte de España para expulsar al destacamento marroquí» (17). La reacción habría sido muy

(15) BERINSKY 2009, p. 2.

(16) Por la velocidad en que se desencadenó la crisis sólo fue publicada una encuesta antes de la intervención militar; en el diario La Razón. Posteriormente sólo el CIS publicó datos sobre la reacción de la opinión pública.

(17) Estudio 2465 del Centro de Investigaciones Sociológicas, julio de 2002.

diferente de haberse saldado la operación con bajas o sin conseguir su propósito.

En la guerra del Golfo de 1991 la evolución del apoyo público a la política seguida por el Gobierno español fue evolucionando conforme las fuerzas aliadas conseguían sus objetivos. La primera de las encuestas semanales realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas cifra en 38 el porcentaje de españoles partidarios de la participación española, cinco puntos menos que los detractores. En el último sondeo, realizado tras la expulsión de las tropas iraquíes de Kuwait, el apoyo había crecido hasta el 66 por ciento, cuarenta puntos más que los detractores (18). Los datos del CIS son corroborados por Juan Diez Nicolás, con la información de su propio Instituto de Investigación (19).

Según los datos de que dispongo, durante todo el tiempo que duró el conflicto del Golfo (septiembre de 1990 a marzo de 1991), la opinión pública española estuvo en contra de la participación española en el conflicto, probablemente porque se había llevado a reclutas al «teatro» de operaciones. Sin embargo, nada más terminar el conflicto, la opinión pública se mostraba de acuerdo con lo que había hecho el Gobierno, con la participación en la guerra del Golfo. La razón es que «habíamos ganado». Por lo tanto, la opinión pública estaba satisfecha, pues hacía tiempo que España no «ganaba» una guerra contra otro país.

Las encuestas del CIS sobre el conflicto armado del Golfo tienen especial valor por tratarse de la primera gran intervención exterior de España desde la transición a la Democracia. Sin duda, eso explica que el Gobierno hiciera un sondeo nacional con el mismo cuestionario durante las seis semanas del conflicto. Sólo en una ocasión el CIS ha realizado más estudios sobre un único tema en tan poco espacio de tiempo, y se trata curiosamente de otra cuestión relacionada con la seguridad: el referéndum de permanencia en la OTAN, en marzo de 1986.

Además, en esas fechas el CIS no tenía aún la obligación legal de publicar los resultados de sus encuestas –eso vendría a finales de 1995– por lo que el Gobierno tenía mayor margen para interrogar a los españo-

(18) Estudios del CIS sobre el Conflicto Armado en Oriente Medio números 1.913, 1.915, 1.916, 1.930, 1.931, 1.933 y 1.942 entre enero y marzo de 1991.

(19) DIEZ-NICOLAS, Juan (2001): «La Sociedad Española ante la Defensa y los Conflictos Internacionales. Perspectiva Sociológica» en *La Sociedad Española ante la Defensa y los Conflictos Internacionales*

les sin temor a que los resultados fueran difundidos a la opinión pública. La obligación de publicar los resultados ha hecho que el Gobierno español, de un signo político u otro, haya ido reduciendo en las encuestas del CIS las preguntas sobre la presencia de tropas en las operaciones posteriores: Kosovo, Irak, Afganistán, Líbano...

Ese vacío en el conocimiento de la opinión pública española lo está cubriendo desde el año 2002 el Real Instituto Elcano con su barómetro trimestral (20). Gracias al BRIE es posible conocer no sólo la opinión de la sociedad española sobre los asuntos de política exterior y seguridad que surgen en cada momento, sino ver la evolución a lo largo del tiempo.

La percepción de éxito es un elemento que ha tomado extraordinaria fuerza en las investigaciones sobre el comportamiento de la opinión pública ante cuestiones de seguridad y defensa nacional. Las tesis de la relación directa entre número de bajas en combate y el rechazo público, defendidas entre otros por el citado John Mueller, están siendo cuestionadas por numerosas investigaciones que atribuyen a las expectativas de éxito mayor importancia que el número de bajas para explicar el apoyo público a una misión militar. Las investigaciones realizadas desde diversos ámbitos por Christopher Gelpi, Eric Larson, Richard Eichenberg, Bruce Jentleson, Steven Kull, y Peter Feaver apuntan todas en la misma dirección: *la opinión pública está dispuesta a asumir el riesgo de bajas inherente a cualquier operación militar siempre que ésta obtenga los resultados que se esperan de ella* (21).

La expectativa de éxito fue precisamente la piedra angular en la estrategia de comunicación de la administración Bush en la guerra de Irak a partir de 2005. De hecho, hasta el informe del Consejo Nacional de Seguridad enfatizaba el éxito de la misión en su título: «*National Strategy for Victory in Irak*». El presidente George W. Bush empleó la palabra victoria en quince ocasiones en su discurso sobre el futuro de Irak, pronunciado en noviembre de 2005 en la Academia Naval. En toda la estrategia se deja notar la impronta del profesor de la universidad de Duke, Peter Feaver, que comenzó a trabajar como asesor en el Consejo Nacional de

(20) Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos: www.realinstituto-elcano.org.

(21) KULL, Steven y Clay RAMSAY (2001): «The Myth of the Reactive Public: American Public Attitudes on Military Fatalities in the Post-Cold War Period» en EVERTS e ISERNIA (Ed.) *Public Opinion and the International Use of Force*, London, Routledge, pp.205-227.

Seguridad cinco meses antes del discurso. Las investigaciones y publicaciones de Feaver se han plasmado finalmente en una rigurosa publicación, *Paying the Human Costs of War*, realizada junto con Christopher Gelpi y Jason Reifler en la que concluyen:

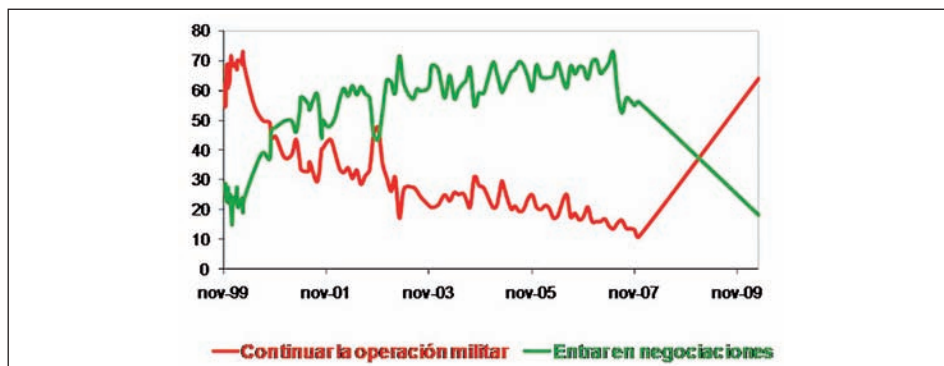
«Son muchos los factores que configuran el cálculo de coste-beneficio, pero el factor principal parece ser la expectación del público de que la misión será exitosa. Los que creen que la misión tendrá éxito continuarán apoyándola, incluso si tenían dudas iniciales sobre la conveniencia del empleo de la fuerza. Los que creen que la misión no será exitosa dejarán de apoyar la misión, incluso si en un primer momento pensaban que la opción correcta era la intervención.»

No se trata sólo de una particularidad de la opinión pública estadounidense. Meulen y Konick constatan que la variable con mayor incidencia en el apoyo a la participación de Holanda en Bosnia es la percepción de posibilidades de éxito (22). Isernia llega a la misma conclusión entre la sociedad italiana y los casos que he expuesto de la sociedad española confirman que la sociedad española también atribuye una gran importancia al éxito de la misión.

La evolución de la opinión pública rusa sobre la intervención militar en Chechenia puede interpretarse también en función de la percepción de éxito de la misión. Los rusos apoyaron mayoritariamente la decisión del primer ministro, Vladímir Putin, de intervenir militarmente en Chechenia en agosto de 1999. Sin embargo, tras un primer momento de efecto «cierre de filas» (el citado *rally round the flag*) la sociedad rusa se va cansando a medida que evoluciona el conflicto sin ver resultados positivos. El único punto de inflexión en el clima de opinión se produce en octubre de 2002 como reacción al asalto de terroristas chechenos a un teatro de Moscú y su desenlace final: en el intento de liberación, en el que, además de los terroristas, murieron ciento treinta rehenes. Poco después la mayoría de los rusos volvía a apostar por la vía diplomática. Ahora bien, una vez concluida la guerra –en 2006 según el alto comisionado de la ONU– con una presencia militar rusa en la zona mucho más reducida y, sobre todo, la percepción de éxito del Gobierno de Moscú, la vía militar vuelve a recibir el apoyo mayoritario de la población rusa, según se ve en el gráfico:

(22) MEULEN, Jan Van der y Marijke DE KONINK (2001): «Risky Missions: Dutch Policy Opinion on Peacekeeping in the Balkans» en EVERTS e ISERNIA, *Public Opinion and the International Use of Force*, London, Routledge, pp. 116-138.

Gráfico 5: Evolución de la opinión pública rusa sobre la intervención en Chechenia



Fuente: Levada Center, encuestas entre 1999 y 2010. N=1.600.

Pregunta: ¿Considera necesario continuar la acción militar en Chechenia o comenzar negociaciones de paz con los «luchadores»?

CONCLUSIÓN: EL PÚBLICO RESPONSABLE

He comenzado el artículo con el contraste de dos preguntas sobre un mismo hecho: la presencia de tropas en Irak. Además de las diferencias de formulación fácilmente detectables, la propia estructura gramatical ya predispone al entrevistado a optar por una respuesta u otra. No es lo mismo el empleo verbal «España ha enviado una fuerza militar. ¿Está de acuerdo con este envío?» que preguntar «¿Apoya la decisión de enviar?» La respuesta del conjunto de entrevistados no será la misma en un caso y otro, pero el planteamiento desde el que se responde sí: asumir el mínimo compromiso con una opinión que le ha sido solicitada y sobre la que no se considera un experto.

Otro ejemplo analítico: el conocimiento sobre la presencia de tropas en el exterior interrogado por el sondeo de INCIPE de 2006, anteriormente analizado, está estrechamente relacionado con su posición al respecto. Casi seis de cada diez entrevistados que consideran que en esa zona o país España tiene tropas desplegadas está de acuerdo con dicho despliegue, con independencia de que sea o no cierto. Nuevamente el motivo es el mismo: la asunción de responsabilidad y compromiso. El planteamiento del ciudadano se puede expresar en el siguiente razonamiento: «si hay tropas es que debe haberlas, si no hay tropas es que no debe haberlas, pero a mí que no se me responsabilice de decisiones importantes de las que no soy experto».

La clave para comprender la respuesta de la opinión pública, por tanto, es saber que siempre sigue la línea de mínimo compromiso ¿Es este un planteamiento irresponsable? Precisamente lo contrario, es una muestra de responsabilidad. El ciudadano está generalmente dispuesto a colaborar con los estudios de opinión –no es cierto que mienta en las encuestas, al menos en la mayoría de los casos–, pero lo que no desea es que las decisiones que requieren conocimientos específicos y análisis exhaustivos se basen exclusivamente en meras opiniones emitida de forma precipitada, ante un desconocido y sin asumir las consecuencias.

La opinión pública quiere ser tomada en consideración por los decisores. Pero la propia opinión pública es la primera que desea que en la toma de decisiones su papel se limite a lo que es: la mera opinión agregada del conjunto de ciudadanos sobre cuestiones de interés público. Por lo tanto, es preciso que uno de los elementos que tengan en consideración los decisores sea la posición de la opinión pública, pero sabiendo que la propia opinión pública demanda que las decisiones no sean basadas exclusivamente en las encuestas de opinión.

Desde esta perspectiva, el papel de una opinión pública que constriñe pero que no determina las decisiones en política exterior y de seguridad, es un papel asumido por la propia ciudadanía, que quiere alzar su voz, pero sin determinar las decisiones que sólo corresponden a los responsables.

La mayoría de las investigaciones sobre la reacción del público ante cuestiones militares confirman que, también en este terreno, su reacción raramente es aleatoria o caprichosa. Más bien al contrario, las opiniones públicas suelen presentar más coherencia y estabilidad que las opiniones publicadas o las opiniones políticas. El «público racional» –del que hablan Page y Shapiro y cuyo paradigma se ha convertido en una referencia– podría ser calificado por los mismos motivos de público responsable. De un público responsable que evalúa las misiones militares en función de la percepción que tienen sobre el riesgo, la bondad y el éxito de la misión.

BIBLIOGRAFÍA

- AJANGIZ, Rafael (2002): «Intervenciones humanitarias y opinión pública: de la exigencia al desencanto» en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* nº 60.
- BAUM, Matthew A. y Tim J. GROELING (2010): *War Stories. The Causes and Consequences of Public Views of War*.
- BENNETT, W. Lance y David L. PALETZ (Eds.) (1994): *Taken by Storm: the Media, Public Opinion and U.S. Foreign Policy in the Gulf War*.
- BERINSKY, Adam J. (2009): *In time of War, Understanding American Public Opinion from World War II to Iraq*.
- CARRILHO, María (1998): *Portugal no contexto internacional. Opinião pública, defesa e segurança*.
- COHEN, Samy (Dir.) (1996): *L'Opinion, L'Humanitaire et la Guerre. Une perspective comparative*.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (1999): *Identidad Nacional y Cultura de Defensa*.
- EICHENBERG, Richard C. (2005): «Victory Has Many Friends: US Public and the Use of Military Force, 1981-2005» en *International Security*, Vol. 30, No. 1 (Summer 2005), pp. 140–177.
- ENTMAN, Robert M. (2004): *Projections of Power: Framing News, Public Opinion, and U.S. Foreign Policy*.
- EVERTS, Philip (2002): *Democracy and Military force*.
- EVERTS, Philip y Pierangelo ISERNIA (Ed.) (2001): *Public Opinion and the International Use of Force*.
- GAUBATZ, Kurt T. (1999): *Elections and War. The Electoral Incentive in the Democratic Politics of War and Peace*.
- GELPI, Christopher, Peter D. FEAVER y Jason REIFLER (2009): *Paying the Human Costs of War. American Public Opinion and Casualties in Military Conflicts*.
- INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS (2003): *Seguridad y defensa en los medios de comunicación social*, Madrid, Cuaderno de estrategia nº 119.

- JENTLESON, Bruce y Rebeca BRITTON (1998): «Still Pretty Prudent Public: Post-Cold War American Opinion on the Use of Military Force» en *Journal of Conflict Resolution* 42 (4).
- LARSON, Eric V. y Bogdan SAVYCH (2005): *American Public Support for U.S. Military Operations from Mogadishu to Baghdad*.
- HUESCA, Ana (1994): «La actitud de los españoles ante la multinacionalidad de la Defensa».
- MANIGART, Philippe (2001): *Public Opinion and European Defense*.
- MOSKOS, Charles, John A. WILLIAMS y David R. SEGAL (2000): *The postmodern Military*, New York, Oxford University Press.
- NACOS, Brigitte L, Robert Y. SHAPIRO y Pierangelo ISERNIA (2000): *Decision Making in a Glass House. Media, Public Opinion and American and European Foreign Policy in the 21st Century*.
- NOYA, Javier (2006): *Diplomacia pública para el siglo XXI*.
- SOBEL, Richard (2001): *The impact of Public Opinion on US Foreign Policy since Vietnam. Constraining the Colossus*.
- VAL, Consuelo del (1996): *Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*.